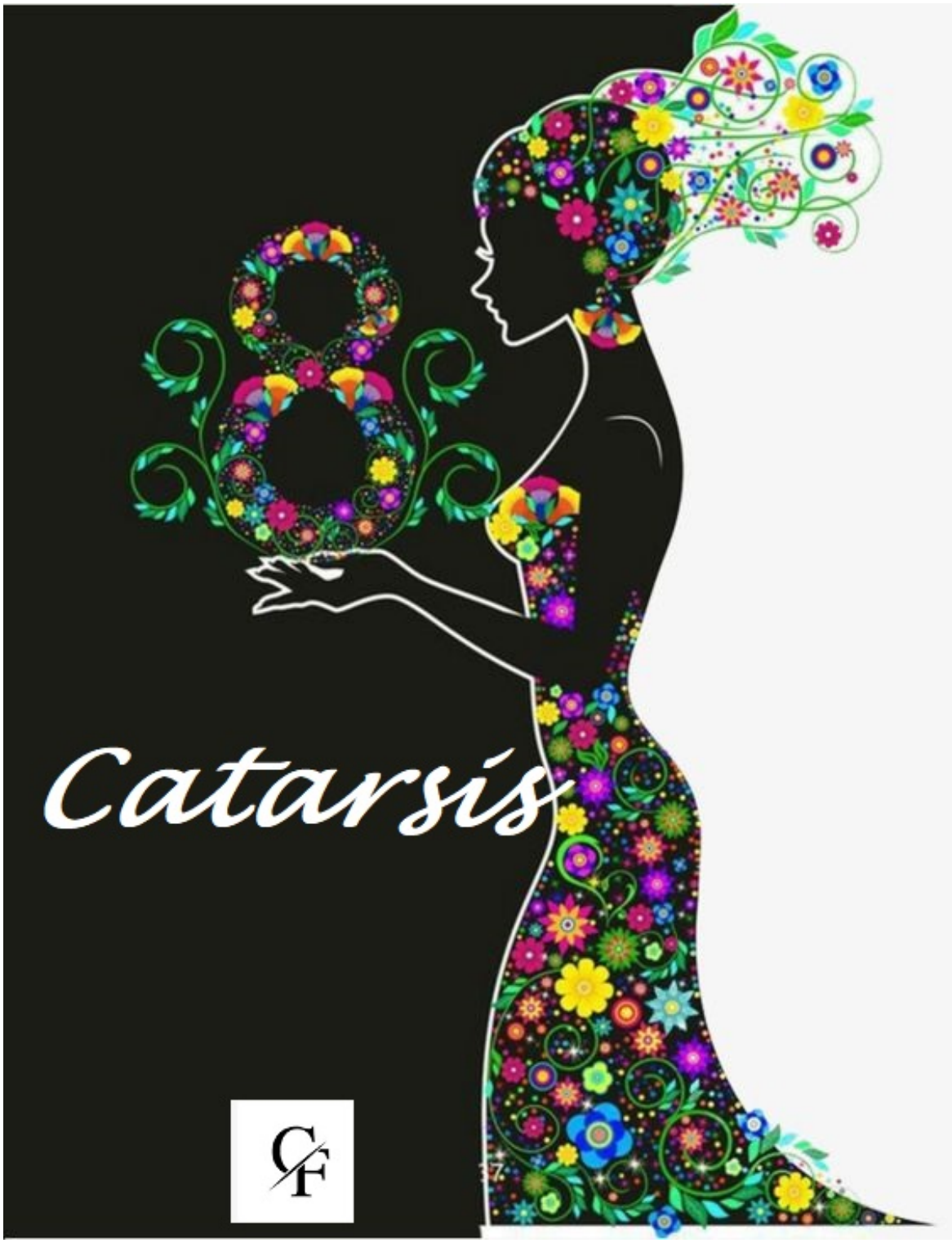
CATARSIS

Lfabic



Capítulo 1

CRUZADOS CAMINOS PARALELOS

Las paralelas no se cortan, solo lo hacen en el infinito…

Nuestros caminos eran paralelos, pero sin embargo se juntaron en el ahí y ahora. Sin lugar a dudas, nuestra historia fue un traspié.

Fuimos paralelas que nunca debieron haberse intersectado, pero la vida se distrajo y nuestras esencias se juntaron en un abrazo de fuego y eternidad.

Y fue ese fuego el que nos convirtió en cenizas, consumiéndonos en nuestro propio calor.

Fuimos paralelas que no esperaron llegar al infinito para no perder la batalla de llegar a ser.

Fuimos lluvia y desierto, frio y calor, alegría y dolor, un indiscutible error.

Un yerro que me regalo la angustia de perderte y la eternidad del cielo de tus ojos celestes.

Un yerro que te regalo la ausencia de no tenerme y la certeza de saber que siempre estaré.

Fue la vida misma quien se ocupó de corregir el desliz. Y nos quedó el dolor de un cruce a destiempo que tornó una tarde clara de septiembre en una tormenta de enero.

Y quedo la certeza de saber que solo nos resta esperar llegar al infinito para volver a cruzarnos, ya sin errores, ya sin dolores.

Capítulo 2

TRISTEZA INFINITA

No tiene sentido.

Nada.

El silencio grita, ensordece.

Los brazos son tentáculos partidos exponiendo la muerte del abrazo.

Los pasos que acercan y alejan, abandonándonos en la quietud eterna.

La tristeza es infinita, es parte de la esencia.

No se siente el frío, la muerte no acecha.

Lejanos los futuros, bienvenidos los jamases.

Capítulo 3

DESPEDIDA

Al final, sobre el final, la tranquilidad de sentir que aunque duele, está la certeza.

Si el silencio que callo aturdiese, ¿cuán sordo estarías?

Si tu vara no es mi vara, ni mi vara es la tuya, ¿Qué medida es la que vale sin no hay regla que nos mida?

Al final, sobre el final, no hay despedida. Hacía mucho que ya nada había.

Capítulo 4

HUIDA

Te vi huyendo.

Te vi dejando jirones de tu historia mientras intentabas disimular la huida. Dejando tirado detrás tuyo, en la urgencia del irte, mucho de lo que de una u otra forma era parte de la vida que no querías conservar ni en el recuerdo

Te vi disimulando el apuro disfrazándolo de certezas y seguridades, mientras los poros te transpiraban la urgencia del partir.

Disfracé también yo la angustia, vistiéndola de tristeza por la partida consensuada para que no diese paso a la desolación del no entender.

¿Qué ausencias te dañaron? ¿Qué dolores que no supe? ¿Qué anhelos no cumplidos?

¿Qué fantasmas te acosaron forzándote a correr desesperadamente hacia la incertidumbre, para no tener que seguir soportando las certezas?

¿De cuántos de esos fantasmas soy responsable? ¿Cuáles de esos fantasmas fueron concebidos por mí y lanzados a tu mundo sin siquiera saberlo?

Te vi huyendo con apuro, con esa necesidad urgente del instinto por sobrevivir.

Atrás quedó tu pieza desordenada, la taza de té sin terminar, la cama sin hacer y tu ropa en la soga.

Delante, tu mochila cargada solo con lo que querías que te acompañe de aquí en mas.

Hoy me enfrento a tus silencios pesados, espesos, impenetrables. A tus palabras cortas, simples, sin contenido.

Y me vuelvo a ver mirándote en la huida, sin entender cuando me converti en ese mundo que te hace daño, que te oprime, que te hunde.

Capítulo 5

ESTAR VIVA

Tantos años esperándote.

Tantos años recorriendo angustias y soledades, tratando de robarle al olvido pequeñas piezas de tu esencia para poder seguir armando el rompecabezas de tu cara, tus manos, tus aromas, tus palabras.

Tantos años tragándome las lágrimas cada vez que no lograba verte al cerrar los ojos, cada vez que el silencio le ganaba al eco lejano de tu voz.

Tantas y tantas mañanas levantándome pensando que quizá ese fuese el día, ilusionándome con la idea de no extrañarte, soñando con la idea de despertarme y descubrir que todo este dolor fue un sueño.

Tanto hurgar en la memoria rescatando momentos, miradas, sensaciones para que ningún descuido te convirtiera en ausencia.

Tantas noches evitando entregarme al sueño para evitar despertar dándome cuenta que nada había cambiado.

Y cuando de la nada, por sorpresa, sin aviso y por un momento te escapaste de la tierra de los ausentes, me salvaste de entregarme a la resignación, de rendirme a la tristeza del hueco vacío que arrastra mi alma.

Y fue por un instante sentir tu piel en mi piel, tu aliento en mi boca, tus manos apretando mi cintura para inmovilizar mi cuerpo contra el tuyo, las mías en tu nuca enredándose en tu pelo.

Y fue, por primera vez desde tu muerte, sentir que estaba viva.

Capítulo 6

ES NECESARIO QUE TE VAYAS

Es necesario que te vayas. Te pido disculpas por mi pedido autoritario e imperativo, pero realmente no hay opciones, es preciso que te marches.

No creo que te afecte sobremanera, de alguna forma estaba previsto. A fuerza de verdad, siento que tu ausencia me afectará más a mí que a vos. Hace ya bastante que soy quien fuerza y sostiene tu presencia sin tener en cuenta si querés estar.

No, no intentes desmentirme, sé que es así. ¿Si no fuese yo quien te hablase al despertarme, lo harías? ¿Si no fuese yo quien casi te obliga a escucharme contar mis sucesos cotidianos, vos me preguntarías? ¿Si no fuese yo quien te saluda y besa al acostarme, me saludarías?

Ambos sabemos que ya hace mucho tiempo que no es lo mismo, que tu permanencia tiene más de ausencia que presencia y que a pesar de todo lo que hago, no puedo cambiarlo. Debo admitir también que tanto esforzarme por retenerte y obligarte a quedarte, me desdibujó alegrías y me negó felicidades, la piel empezó a olvidar lo que sentía y tu ausencia fue mas evidente.

Y no me quejo, no me lo pediste, al contrario, si por vos hubiese sido seguramente te hubieses ido antes de que me diera cuenta de que ibas a hacerlo.

Pero ahora me resulta insostenible. No tiene sentido. Y se me va la vida en seguir empecinada en retenerte y aún así no puedo dejar de hacerlo.

Por eso, por lo que alguna vez sentiste por mí (lo que sea que haya sido), por lo que alguna vez fuimos (y no tengo dudas de que fuimos mucho mas de lo que nosotros mismos supimos) y por lo que sin ningún lugar a dudas seguiremos siendo, te pido por favor que me abandones.

Realmente necesito despertarme en la mañana y no sentirte a mi lado, preciso poder transitar los días sin buscarte y recordarte en forma constante y no buscada, te pido por favor que me ayudes a acostumbrarme a la idea de tu ausencia y no ilusionarme con ese regreso que nunca será.

Hace mucho que lo intento yo y no lo logro. Hace demasiadas lagrimas contenidas y silencios arrinconando mis gritos en el pecho, incontables frios y muchos huecos en el alma. Hace demasiadas ausencias de lo

vivido, de lo sentido, de lo imaginado que solo son presencia a fuerza de arroparlas en mi memoria.

Por favor, ándate y déjame sola.

Tan sola como cuando le aceptaste a la muerte que te separe de mi.

Capítulo 7

TE PIDO

Te pido con mis palabras, con mis gestos, con mis miradas. Y en cada pedido, te enseño el camino para llegar a mis más profundos silencios, a mis secretos más negados.

Te pido, no te ruego. No quiero ni tu lastima ni tu consideración. Reclamo solo tu presencia en cada resquicio de mis poros, en cada hendidura de mi alma.

Te pido como una forma más de entregarme, de desnudarme ante vos, de regalarnos la posibilidad de conocernos más allá de lo dicho y lo evidente, de reconocernos detrás de los espejos.

Y no temo el mostrarme, porque se de tu necesidad de encontrarme, de saberme, de sentirte pleno a partir de mi propia plenitud.

Tal como mi goce solo es posible si se del tuyo, tal como mi entrega solo es real si sé de la tuya.

Porque entregarme no es más que recibirte. Porque recibirte solo es posible al entregarme.

Por eso te pido. Porque pedirte es saber que se desvanecen las distancias, es permitirte recibirme, es regalarme el placer de entregarme.

Por eso te pido. Por eso necesito que me pidas.

Capítulo 8

DE TRIANGULOS Y CUADRADOS

Con la ingenuidad y omnipotencia de quien por primera vez se lanza al rodeo del amor, se jugó completa a la certeza de que ella podría.

Primero trató de cambiar lo que había dentro para que cambiaran los bordes.

Cuestionó sus gustos y criterios para asemejarse a los demás.

Para no desentonar con el entorno, adoptó como propios consideraciones y modos ajenos.

Casi al mismo tiempo, guardó su timidez en el fondo de sus ganas y lo siguió en todo lo que quiso y pidió.

Cuando se dio cuenta de que no estaba resultando según lo esperado, pensó que quizá trabajando más en el cambio de los bordes, lograría que se ajustara el resto.

Entonces fue que cambió su forma de vestirse, maquillarse y actuar para parecerse a ese ideal de él, que claramente no era ella.

Cuando quiso darse cuenta, se miró en el espejo y encontró a quien no era y peor aún, vio a alguien que no conocía y con quien tampoco se sentía cómoda. Y lo que más desesperaba, era que ni siquiera así alcanzaba.

Fue entonces cuando decidió volver al inicio y ser ella misma. Y rezar a las fuerzas de los amores perfectos para que con eso bastara.

Pero ni modo.

No hubo manera de que su alma triángulo encajara en el modelo cuadrado de él.

Capítulo 9

LAS MARIPOSAS

No sé como sucedió. Podría jurar que estaba atenta, que la sola suposición de estar bajo la tiranía de su existencia me ponía en guardia.

Sabía que si las dejaba, iban a desparramarse sin permiso ni piedad por mi estómago, mi pecho y podría jurar que hasta dentro de cada uno de los poros de mi piel.

Aprendí a bajar la mirada para evitar cruzarla con los ojos que me pudiesen distraer.

Me convencí de que era necesario cubrir mis brazos para evitar algún inesperado y casual contacto pudiese desencadenar la tragedia.

No fue fácil, pero poco a poco pude controlar mis ganas de soñar con cruzarlo y descubrir que la espera no había sido en vano y que los sueños no siempre desaparecen al despertar.

Por eso no entiendo cómo fue que sucedió. Solo puedo recordar ese involuntario roce de tus dedos con los míos, ese encuentro de mi mirada con la tuya, ese inexplicable presentimiento de que ya no tendría retorno que repentinamente me inundó.

Yo creo que fue ese el instante en que me distraje y me invadieron en bandada, dejándome indefensa y a merced de su voluntad.

Y no hubo forma de expulsarlas, de no sentirlas revoloteando cada vez que te acercabas.

¿Cómo fue posible que hubiese bajado tanto la guardia como para no pedirte, al menos, que te las llevaras cuando te alejaste?

Ni modo… No hubo manera de expulsar las mariposas.

Capítulo 10

SOBREVIVIENDO

A horcajadas de una lágrima, cruzó rauda la distancia que la separaba de la luz.

No recuerda cuanto tiempo llevaba envuelta en el manto de invisibilidad, refugiada en el hueco gris de la ausencia.

Como resurgiendo de la nada, manotea sin coordinación en la telaraña del silencio espeso y blanquecino que la arropa.

Se asoma desorientada por la ventana apenas entreabierta de los días, tratando de fijar la vista en el horizonte desdibujado de la diaria rutina.

Da vueltas y gira en redondo sobre sus propios recuerdos intentando aprisionar, aunque más no sea a uno de ellos, por el tiempo suficiente para abrazarlo y volver a sentir como se sentía.

Con tristeza, va descubriendo como se escabullen entre su desesperación por sujetarlos y su resignación longeva que indiferente a su impotencia, los deja huir.

¿Cuánto tiempo pasó Inventando sueños antes de quedarse dormida, hundiéndose lentamente en la nada que transcurría entre su noche y el día?

¿Cuántas horas indagando y recorriendo su rostro frente a su propio retrato como si no se conociera, tratando de dibujar en su mente nuevos futuros que no precisen de su historia?

¿Cuántas vidas caminando pasos que la perpetuaban en el mismo lugar y que indefectiblemente la alejaban de las certezas y las sonrisas, dedicando el tiempo a esforzarse por ensanchar su pecho para que lo inunde el aire?

En la calma chicha de las tardes convirtiéndose en noche, olvido medir el paso del tiempo que la iba confinando en la torre invertida desde la que no podía verse el cielo. La ventana vestida por la cortina de la angustia, apenas si dejaba percibir el rumor de las voces que no la acunaban.

En las miradas desdibujadas que abriga la memoria, revuelve buscando recuperar sensaciones que la piel ya no recuerda, mientras las pesadumbres de los murmullos que no dicen ni cuentan, se le llevan las

pocas palabras que ya ni siquiera tiene.

Despojada de mañanas y atiborrada de ayeres, se enfrentaba a diario ante el espejo que, irreverente, desafiante y sin bajarle la mirada, le gritaba sin que ella escuchara ni comprendiera.

Y así, deshonrando la alegría y las ganas, desestimando los aromas y lo azaroso, el riesgo y el desafío, habiendo perdido la entrada al concierto de las risas y sin reservas en la fiesta de los deseos, aceptó el convite para compartir jornadas sin plazos con la indiferencia y la anestesia vital.

Y hoy, seca de lágrimas y saturada de su ausencia, ciudadana ilustre del reino del desconsuelo, rendida incondicionalmente ante lo irreparable del vacío de perfumes y sensaciones que le regaló su partida, por primera vez desde ya no recuerda cuando, puede recordarse sin recordarlo, puede pensarse sin pensarlo, puede mirarse sin mirarlo.

Y por primera vez, desde que los sueños partieron persiguiendo las sonrisas, siente que quizá algo está cambiando. Los colores parecieran menos grises y las horas menos largas. Los silencios se liberan de los cerrojos carceleros y los aromas le recuerdan a los de antaño.

Y por primera vez, desde que las mariposas emigraron, escucha y comprende lo que su espejo irreverente, desafiante y sin bajarle la mirada durante tanto tiempo le estuvo gritando: Está viva.

Capítulo 11

CONFESIONES

Justo aquí, exactamente en este punto. Acá estoy

Entre comas y puntos apartes, pero por sobre todo rodeada de los puntos sucesivos con los que cuento para tomarme esos instantes necesarios para respirar y re-descubrir dónde es que estoy, cómo y por qué fue que llegué.

Y Dios quiera, me quede tiempo para imaginar por donde seguiré yendo. Y, fundamentalmente, para intentar, cada día, seguir intentando descubrir quién soy.

Muchas fueron las veces que me pregunté por dónde empezar. Pudiera suponerse que lo más sencillo sería iniciar mirando hacia atrás, e ir recorriendo mi historia hasta reconocerme en esta que hoy creo ser. Pero no.

Dada la cantidad de años que ya llevo acumulando en esta vida, lo mejor es pararse en el hoy y tener un back up sintético para aquellas situaciones en las que la simple introspección diaria no sea suficiente.

Porque no siempre me reconozco ni me pienso de la misma forma.

La mirada va variando a medida que la vida me va cruzando con situaciones que ponen en jaque la construcción del rompecabezas que soy y me empuja cada vez a mirarme en el espejo preguntándome ¿Quién es realmente la de la imagen, la que hoy soy o continúo siendo la que era? ¿Hay una sola o fui mutando en varias yo que, quizá, ni siquiera conozco? ¿Soy una o soy la suma de esas varias que van asomando sin anunciarse ni presentarse previamente?

Durante mucho tiempo estuve convencida (y lo digo solo a modo de ejemplo, porque he estado y estoy convencida de muchas otras cosas también) de ser una crédula confiada, con un alto nivel de empatía y grandes cuotas de paciencia y tolerancia, con una importante cuota de capacidad de análisis y síntesis sumada a una gran aptitud para respetar los espacios ajenos.

Pero nobleza obliga, debo reconocer que me he descubierto siendo absoluta e injustificadamente descreída y escéptica o desagradablemente desconfiada, en más de una ocasión he demostrado tener rasgos evidentes e inaceptables de egocentrismo e intransigencia o siendo insoportablemente verborrágica y en más de una ocasión,

inexplicablemente invasiva.

Hace ya mucho tiempo que me concedí permiso para convivir con las diferencias y discrepancias que tengo conmigo misma. Si puedo aceptar y coexistir con las que tengo con el resto de los mortales, ¿por qué no voy a poder hacerlo con aquellas que me habitan?

Y en este arduo (pero no por ello ingrato) trabajo de reconocerme ante el espejo y evitar esa guerra interna entre tantas yo, que solo me llevaría a no soportarme, aprendí a escucharme.

Y no es figurativo. Es literal.

Me digo. Me digo todo. Lo que quiero y lo que no quiero decirme.

Y me escucho. Me escucho atentamente. Lo que quiero y no quiero escucharme.

Porque al otro, a aquel que no soy yo, puedo decirle o no lo que quiera. De todas formas, ese que no soy yo, va a elegir escuchar o no lo que él quiera.

Pero a mí, a mí tengo que decirme todo. Y bancármela. Y escucharme todo. Porque es la única forma que tengo de saber realmente quien soy y donde estoy parada.

Así, armando y desarmando el rompecabezas que soy, mezclando todas y cada una de las piezas que me conforman para probar nuevas combinaciones que me conviertan en una mejor versión, ando por los días (y algunas noches) de esta vida que intento honrar.

Y en ese cotidiano intento por ser, los resultados no son siempre los esperados. Ni mucho menos los deseados. Pero es claro que no voy a rendirme.

No sería yo si lo hiciera.

Capítulo 12

RETENIENDOTE

Quédate. Envuelve mis ansias despojadas de ternuras y, aunque sea por unos instantes, invéntales un futuro de contenciones y seguridades.

Mírame con el mar que se dibuja en tus ojos y oblígame a recoger las lágrimas irreverentes que se escapan cada vez que no me encuentro reflejada en él.

Ignórame sin culpas, regálame la indiferencia de tu aliento cuando me alejo ofendida por lo que nunca sucede

Acaríciame sin prisa, apenas rozando tus yemas con las fronteras de mi espalda, provocándome ese temblor que me obliga a rendirme sin reservas ni pudores.

Préstame las certezas de las risas y los mañanas, no por mucho, solo por el tiempo suficiente para que crea que es real.

Déjame recorrer los límites de tu piel con mis ganas de eternizar las sensaciones que provoca saber que sos vos. Único e inequívocamente, vos.

Convídame un poco de tu indiferencia para soñar que estamos emparejados, que si nos perdemos el vacío no habitará solo en mis abrazos.

Compartamos la ilusión de lo indestructible mientras jugamos a ser invisibles para las fuerzas malignas de los finales.

Redefinamos el significado de las palabras, dejando de usar aquellas que no nos nombran ni nos muestran.

Engáñame dejando que suponga que tu respiración calma e impasible es consecuencia lógica e inevitable del ensueño compartido.

Arráncame el miedo que me provoca saber que quizá nunca más podré remontarme en el cielo de los siempre abrazada al barrilete de tu sonrisa.

Regálame la eternidad de la convicción de saber que nunca, nada, jamás, hará que dejes de ser parte de quien soy.

Envuélveme con la bruma sofocante y espesa que me provoca apropiarme

de tu mirada fija en la mía.

Hazte el distraído mientras mis ganas desafiantes y despreocupadas, encarcelan tu imagen en mis sentidos para eternizarte en las sensaciones de la memoria.

Juguemos a la risa sin motivo, a la felicidad sin plazo, a la seguridad de la inmortalidad por el simple motivo de tenernos.

Rindámonos a la memoria de la piel y dejémonos caer por la pendiente de las pasiones irreverentes e impunes.

No te preocupes por mí, no tengas miedo de engañarme. Soy yo quien te engaña haciendo que creas que, si te vas, no estarás.

Embriaguémonos con la evidencia de saber que cuando nos hallamos no fue la primera vez que nos vimos, que la memoria de los sentidos tiene más tiempos que los que sumamos desde que nacimos y por eso fue tan sencillo reconocernos.

Envilece mi inocencia hasta volverme aquello que te enlaza y estremece, que te cautiva e intimida, pero que irremediablemente, te conquista y posee.

Moldéame hasta tornarme perenne para lograr perpetuarme en la evocación de tu olfato, de tus poros, de tus vacíos. Conviérteme en un tatuaje de aquello de lo que nunca podrías prescindir.

Déjame que te diga que nunca será perfecto, pero que es lo más parecido a la verdad y que solamente por eso, justifica el riesgo de caminar por esta cornisa angosta que nos expone y aterra.

Y confía en mí. Hace ya tantos años que camino adivinándote, que, si la eternidad no fuese cierta, ya te hubiese dejado partir.

Capítulo 13

MALA MEMORIA

Se desliza sigilosa, evitando que el roce de sus plantas sobre el piso la delate. El estómago hecho nudo y el corazón cabalgando un potrillo sin domar hacían maridaje para azuzar su temor a ser descubierta.

Atraviesa el hall a oscuras y se adentra en el comedor. Nunca antes había reparado en que los muebles no permitían caminar libremente hasta el living. Mentalmente arma el mapa de la ubicación de los muebles con los que podría toparse, confiando en que ninguna de las sillas estuviese en un lugar distinto al que le correspondía. Va dando pasos lentos y arrastrados por el parqué irregular como si pudiese, con el borde de los dedos de sus pies, presentir obstáculos y evitar tropiezos indeseados.

Ingresa al living casi en el mismo momento en que recuerda que unas horas antes había cambiado de lugar los almohadones que, al modo de sillones, tenía desparramados alrededor de la mesa ratona. Hace su mayor esfuerzo por acostumbrar sus ojos a esa oscuridad apenas menguada por los débiles rayos de luz que, provenientes de los pocos departamentos que daban al pulmón de manzana y que aún no habían quedado a oscuras como la mayoría, se colaban por la ventana cerrada.

Puede presentir y sortear dos almohadones, pero no evitar el golpe seco y traicionero del borde del marco de la puerta con el dedo meñique de su pie. Como tampoco el dolor agudo que igual que el rayo que precede al trueno, siente antes de ahogar el grito profundo y apretado que increíblemente logra encerrar en su garganta.

Sin pensarlo ni decidirlo, se queda quieta unos instantes como si fuese por instinto de conservación. Cada centímetro de su cuerpo se une en un único y compacto músculo intentando repartirse el dolor que, desde el extremo más extremo de su cuerpo, va subiendo presuroso, invadiéndola como si estuviese sumergiéndose en una piscina de agua hirviendo.

Sujeta sus labios con su mano ahuecada mientras con la otra intenta consolar su dedo malherido que, a pesar de sus intentos, se niega a sentirse confortado. Aguarda hasta sentir que, pese a todo, puede seguir avanzando y reanuda la marcha más lenta y precavidamente que antes, si eso fuera posible.

No le debería llevar más de dos o tres minutos llegar a la puerta ventana que la separa del balcón. Después de todo, el departamento no es tan grande. Con algo más de confianza en el espacio que debe atravesar, continua su marcha de reconocimiento lento. Su pie aún duele lo suficiente como para recordarle a cada movimiento que debe ser

extremadamente cuidadosa.

El silencio y la oscuridad de la noche que la envuelve va disminuyendo en forma inversamente proporcional a cuanto se va elevando la persiana de enrollar que le cerraba el paso hacia el balcón. Se felicita a si misma recordando cuando había decidido cambiar la pesada persiana de madera que durante años ocupó ese espacio por esta menos resistente, pero indudablemente más liviana que le permite levantarla sin esfuerzo y casi en absoluto silencio.

La sube lo mínimo indispensable como para poder franquear el marco de la puerta y salir al balcón. El piso de cerámica frío le provoca un pequeño sobresalto de disconfort, que compensa rápidamente con la sensación de bienestar que le hace sentir en su pie.

A través de la lluvia que recién inicia, las luces de las ventanas de los edificios circundantes agregan algo de claridad a la noche avanzada. Mira en derredor, tratando de descubrir si se ve a alguien más en algún otro edificio. Alguien que, como ella, estuviese parado en medio de la noche en su balcón.

Mientras mira las luces de la ciudad en lo alto, siente el frío del piso en sus plantas y la humedad de la lluvia en su cara y suspira con fuerza para colmarse del aire fresco del otoño incipiente. Instintivamente se abraza frotando sus manos contra sus propios brazos para darse calor.

Está enojada con ella misma. No entiende por qué, una vez más, en lugar de mantener y sostener esta situación que la fastidia e irrita, esta ahí, parada en la mitad de la noche en el balcón.

No es la primera vez que sucede y lo que más la enojaba es pensar que seguramente no será la última y aun así, permite que siga sucediendo. Sacude la cabeza como intentando que sus pensamientos queden colgados de los cables que como venas se entrecruzan entre los edificios vecinos.

No quiere recordar que durante toda la tarde había estado recordándose a sí misma que el Servicio Meteorológico anunciaba tormenta por la noche.

Y ahí estaba en camisón, adormilada, con su dedo meñique que aún latía de dolor, con frío, tratando de evitar despertar a alguno de esos vecinos que practicaban el deporte de quejarse por ruidos molestos, parada en el balcón recogiendo los almohadones de los sillones para que no se mojen.

Porque que no era la primera vez que se repetía algo durante todo el día, para olvidarlo después.

Capítulo 14

INTROSPECCION

Estaba cruzando la calle cuando se dio cuenta que ni siquiera recordaba haber bajado del colectivo. Ensimismada en sus pensamientos había caminado los metros que separaban la parada de la esquina y, suponía, había esperado que el semáforo le permitiera comenzar a cruzar.

Siguió caminando por las veredas desiguales, esquivando gente mientras intentaba concentrarse en definir que precisaba comprar para la cena de esa noche. Si había algo que detestaba era llegar y tener que volver a salir para hacer compras. Pero no lo lograba, era como si su cabeza funcionara independientemente y pensara por sí misma.

Ya había subido al ascensor cuando se dio cuenta que finalmente no había comprado nada. No le importó, ya vería que hacer, seguramente en la alacena o en el freezer habría algo con lo cual mitigar la poca hambre que tenía y cumplir con la responsabilidad de alimentarse correctamente. Desde que sus hijos habían volado del nido, había perdido la costumbre del ritual de la preparación de la cena y no sería la primera vez que la salteaba. Un buen café con leche o un consistente plato de sopa o fideos podían ser más que suficientes.

Entro, colgó el abrigo en el perchero del hall y como todos los viernes, prendió únicamente la luz de la esquina del living. Estaba dando comienzo al ritual de bienvenida al fin de semana, al comienzo de esos dos días de intimidad, silencio y soledad.

Entró en su dormitorio, dejó la cartera sobre la cama y fue hacia la cocina. La penumbra del resto del departamento fueron un claro contraste cuando encendió las luces de la cocina. Abrió la heladera y recordó que la noche anterior había hecho, por lo que cortó un tomate al medio y lo sumó a la milanesa que había sobrado de la cena pasada. Puso la pava al fuego y preparó la taza en la que se serviría el café.

Con el café en una de sus manos, caminó hacia el living mientras hurgaba en su bolsillo buscando el encendedor. Apoyó la taza en la mesa ratona, conecto su celular al parlante bluetooth y puso música, prendió las velas que tenía estratégicamente distribuidas, apagó las luces y se sentó en el sillón desde el que podía mirar su cuadro favorito.

Tomó nuevamente la taza, se deleitó con el calor que emanaba sobre sus palmas y cerró los ojos. El ritual de encuentro con ella misma había comenzado.

Sin darse cuenta y sin proponérselo, comenzó a recorrer mentalmente los rincones de su casa. Primero el dormitorio donde revisó dentro de cada uno de los libros que, en los estantes, se repartían el espacio con las fotos y adornos que no adornaban. Luego abrió cada cofre y cajita de bijouteríe y repaso con la memoria cada una de las cosas que guardaban.

Abrió el placard e inició con los cajones de las sábanas y los camisones, para luego pasar a los de la ropa interior y las remeras, hasta que recordó la caja guardada en la parte superior. Con no poco esfuerzo recordó casi todas las cosas que atesoraba en su interior. Poco a poco, iba adentrándose en una sensación de ausencia, de despojo, de pérdida. Su pensamiento comenzó a acelerar la búsqueda virtual y por momentos, se asemejaba a una necesidad vital.

Sin siquiera moverse del sillón escudriñó con la memoria cada esquina del departamento, cada resquicio de su cartera, los bolsillos de cada uno de sus abrigos. Abrió los cofres que adornaban el vajillero del comedor y revisó bajo su cama y las del cuarto que usaban sus hijos cuando venían de visita. No dejó estuche o lugar por inspeccionar, hasta los almohadones fue levantando uno a uno para poder mirar debajo.

Y fue cuando Ismael Serrano dejó de cantar Últimamente, para darle paso a Joaquín Sabina recomendando las pastillas para no soñar, cuando abrió los ojos para fijar la vista en el cuadro que cambiaba su imagen bajo el influjo danzante de la llama de las velas.

Apoyó la taza en la mesa ratona y suspiró profundamente. Y mientras intentaba evitar que sus ojos liberasen las lágrimas que se agolpaban ansiosas aguardando la orden de salida, se preguntó en silencio: ¿cuándo y dónde fue que me perdí?

Capítulo 15

DESNUDANDOSE

El agua más caliente que tibia caía sobre su nuca y espalda mientras a tientas y con los ojos cerrados tanteaba la pared buscando las canillas de la ducha. Giró las dos manijas al mismo tiempo, mientras con las manos tan mojadas como su cara, intentaba secarse las últimas gotas que cayeron sobre su frente. Nunca le había gustado el agua invadiendo su cara, ni al ducharse, ni en la pileta, ni bajo la lluvia.

Abrió la mampara solo lo suficiente como para introducir en la bañera su bata de baño. Metió sus brazos por las mangas amplias y la cerró cruzándola en el frente con el cinto demasiado largo para su contorno. Se abrazó friccionando las manos sobre los brazos y una vez más, pensó en lo suave que era y lo bien que había hecho en pedirle al encargado del hotel en el que había realizado un trabajo administrativo, que le dejara llevarse una.

Abrió completamente la mampara y salió de la bañera. Se paró frente a la pileta e Inclinó la cabeza hacia adelante para envolverse el cabello con una toalla blanca. La humedad condensada del baño no la dejaba mirarse en el espejo, así que tomó un poco de papel higiénico y trató de despejar un pequeño círculo por el cual confirmar que la toalla estaba bien puesta.

La bata había ido absorbiendo las gotas que su cuerpo se había llevado al salir de la bañera y solo quedaban aquellas pocas que adheridas a sus piernas se negaban a secarse. Con las delanteras de la bata fue dándose pequeños golpes en los muslos para que no continuasen deslizándose las gotas hacia abajo y arrastró los pies sobre el pequeño felpudo de microfibra del piso hasta sentir que ya estaban secos.

Salió del baño y el fresco del hall que distribuía hacia los dormitorios le produjo cierto placer. Si bien estaba llegando el otoño, el clima todavía justificaba la ropa fresca y los ambientes ventilados, pero en ningún momento siquiera amagó a sacarse la bata.

No había nadie en el departamento, hacía ya varios meses que vivía sola con la gata que le había dejado una de sus hijas cuando decidió irse a vivir al interior del país. (¿Cuántas veces había dicho que no quería mascotas? ¿Cuántas veces sus hijos le habían insistido para los dejara tener una? ¿Por qué entonces en el departamento ahora no había hijos, pero si mascotas?, pensó riéndose con el pensamiento.)

Mientras caminaba hacia la cocina con la idea de prepararse un café y ajustaba el cinturón que estaba aflojándose, fue tomando la decisión: no se vestiría. Seguiría con la bata hasta que se pusiera el camisón al

momento de acostarse.

Hacía calor y el fresco de la toalla húmeda le agradaba. Y no le gustaba estar desnuda.

Nunca le había gustado. Siempre había dado por supuesto que era una cuestión de pudor, resabios de haber sido criada en una familia donde de ciertas cuestiones no se hablaban, ciertas cosas no se hacían y sobre ciertos temas no se pensaba.

Pero con el tiempo había descubierto que la turbación que le producía la desnudez iba más allá de esa represión adquirida en tantos años de "esto no se dice, de eso no se habla y eso no se toca", como diría Serrat.

Y no hacía mucho que había descubierto que no era la vergüenza, o el falso decoro, o una autoestima acongojada (aunque algo de esto también había, sería inútil que tratase de negarlo) lo que la empujaban a evitar la desnudez.

Había sido solo un par de años atrás, cuando el último de sus hijos decidió volar del nido, que se dio cuenta. Claro, antes no había tenido muchas posibilidades de averiguarlo, siempre había vivido acompañada.

Se fue de la casa de sus padres cuando se casó, tan joven como se estilaba en esas épocas. Se fue de la casa matrimonial cuando se descasó, tan joven como no se estilaba mucho en esas épocas.

Y luego todos esos años en la casa que convirtió en la de sus hijos. La casa de la que no se fue, sino que ellos la convirtieron en "la casa de mamá" cuando se fueron.

Y ese fue el momento en que descubrió que no dejarse ver desnuda no era únicamente timidez o castidad devenida en hábito, sino más bien, una definición de sí misma.

Porque al estar desnuda siente que está expuesta, indefensa, vulnerable.

Porque estar desnuda es una forma de mostrarse, de entregarse, de despojarse.

Porque estar desnuda es, al fin y al cabo, una forma de confiar.

Capítulo 16

ANGUSTIA

Por primera vez en mucho tiempo, sintió que podía ser que ocurriese, que era ciertamente posible.

Durante años había jugado con la eventualidad, pero de alguna forma que ni siquiera ella podía entender, así como se reconciliaba con la idea, al mismo tiempo se negaba a la sola posibilidad de que objetivamente pudiese suceder.

Recordó la primera vez que sucedió. Fue poco después de saber de su muerte. Primero un episodio aislado, casi imposible de notar. Como el soldado que marcha al frente haciendo reconocimiento de terreno, para que luego toda la tropa se abalance sin piedad ni respeto por sobre todo lo que se opone a su paso.

Primero esa casi imperceptible sensación que intentó negar, pero que se agigantó de golpe dejándola indefensa y vulnerable ante su ataque. Esa desesperante sensación que se genera cuando el pecho se ensancha, pero permanece vacío, sin aire en su interior.

La aterrorizante percepción de ahogo, de que la vida se va en cada exhalación intentando inhalar el aire que no alcanza, que no logra atrapar. Esa noción de vacío en el centro del pecho, justo donde descansa el alma, allí nomás de la residencia del corazón.

Claro, el cigarrillo pensó. Pero la espirometría y el neumonólogo no sostuvieron su diagnóstico, repitiéndole casi indiferentes a su pecho falto de oxígeno, que no había ningún motivo por el cual no pudiera colmarse de aire.

Ya no recuerda cuanto tiempo pasó desesperándose por respirar y atormentada por la ansiedad que le producía no poder hacerlo. Días y días aprendiendo a disimular sus suspiros para no tener que responder las preguntas para las que no tenía respuesta. ¿Tan difícil era entender que no sabía lo que le sucedía? ¿Tan fuerte la creían, que nadie podía entender que se sentía débil?

Hasta que un día se descubrió sonriendo mientras el aire colmaba todos y cada uno de los resquicios de su pecho.

Por eso cuando perdió su trabajo y la incertidumbre económica se adueñó de sus sueños y su pecho nuevamente se cerró, entendió el mensaje.

El aire no entraba por que el miedo ocupaba todo el espacio. La angustia que la embargaba jugaba con su respiración a ocupar todos los casilleros en el tablero de la casa de su espíritu. Y le ganaba todas las partidas.

Y fue en ese momento en que descubrió que solo ella era capaz de vencerla, de concebir las estrategias que le permitieran a sus ganas de estar bien ganarle a la angustia y darle la oportunidad a su alma de erguirse triunfalmente victoriosa.

Y así fue, cada vez que el enemigo agazapado de la desazón intentaba poseerla robándole a su pecho el alimento vital, encontraba la manera de eludirlo, dejándole ganar algunas batallas, pero nunca la guerra.

Pero hoy, por primera vez, siente que puede ser que ocurra, que es ciertamente posible. Que, así como durante años había jugado con la idea, pero finalmente negándose a la sola posibilidad de que objetivamente pudiese suceder, hoy cree podría ser que sea.

Porque está cansada. Porque ya hace demasiado tiempo que viene jugando a las escondidas con la soledad que cada vez más seguido descubre su escondite. Porque cada vez acumula más ayeres que descuenta de los mañanas y porque los sueños perezosos ya no quieren salir del cajón de los recuerdos y el espejo la mira dos veces antes de reconocerla.

Y porque siente que, aunque suspire y bostece para sentir el aire llenando su pecho e intenta engañar al miedo haciéndose la indiferente mientras sigue respirando cortito. Y porque, aunque mire por la ventana hacia la nada tratando de distraerse no puede evitar sentir que le duele la casa del alma de tanto vacío.

Por eso hoy, por primera vez, siente que está perdiendo la partida y que la angustia ya tiene suficientes casilleros ocupados como para quedarse con el tablero.

Capítulo 17

MOMENTOS

Anteayer

Corramos el riesgo. Llenemos las valijas de esperas y anhelos, saquemos pasajes a la dicha y emprendamos el viaje.

Asumamos el mutuo compromiso de contarnos los defectos y dejarnos descubrir las virtudes, reservándonos solo aquello que nos haga mantener la curiosidad por conocernos y la sorpresa al descubrirnos.

No perdamos la oportunidad de descubrir si viviremos el sueño soñados, si en el libro de la vida, teníamos reservado el festín de los sentidos y la calma del abrigo. Arriesguémonos al dolor del corazón partido, el premio que ganemos puede ser la eternidad contada en presente.

Tiremos los dados de la fortuna y confiemos en que el habernos reconocido en la multitud tiene un sentido y será el que queramos darle. No vale escondernos detrás de los previos fracasos y de los futuros desalientos.

Animémonos a tomarnos las manos y saltar al vacío. Ya habrá tiempo mañana para las lágrimas posibles.

Ayer

Hagamos silencio. Corramos el cerrojo de las dudas y abramos la puerta de las ganas. Regalémonos el permiso para jugar a creer que es cierto y eterno, que ni la vida ni las verdades podrían vencernos.

Dejemos que los segundos se eternicen en las yemas que recorren la senda de la esencia, revelándonos a su paso esas sensaciones que nunca antes tuvimos y que desde siempre esperamos.

Honremos el instante en que te miro y me miras. El momento en que somos dos, perpetuados en la certeza de ser uno.

Que los besos atraviesen miedos y tabúes ancestrales hasta arribar al profundo mar de los apetitos profanos. Que los labios no se distraigan diciendo palabras aladas que, volando, se alejen dejando huérfanas los esperanzas que fecundaron.

Cerremos los ojos y recorramos el camino de la piel, descubramos los senderos y recodos montados en el roce de los muslos, en el hueco de la nuca enlazada con la pelvis. Respiremos todo lo necesario para

completarnos con el aroma inconfundible de los cuerpos desprovistos, entregados, indivisos.

Dejemos que el silencio impenetrable nos envuelva sin oponer resistencia, abandonándonos al abrigo de su piedad. Ya habrá tiempo mañana para las excusas de rigor.

Hoy

Aceptemos la tristeza. Recojamos los fragmentos de alma que quedaron dispersos junto con los jirones de eternidades caducas y envolvámoslos con los restos de abrazos que nos quedan para que no nos lastimen al guardarlos en el cajón de los recuerdos perennes.

Y luego de haber acomodado las congojas y las decepciones en los estantes de los fracasos con moraleja, alcemos la copa y brindemos.

Brindemos por no habernos dejado asustar por lo predecible, por habernos animado a intentar ser felices embriagados por el vino de la risa.

Mirémonos a los ojos sin historia ni deudas, saboreando la certeza de saber quiénes somos, quienes fuimos y quienes seguiremos siendo. Porque no fracasa quien arriesga ni mucho menos quien ama.

Apoyémonos en las gozos y seguridades de los vivido que nutrieron la savia que nos alimenta, brindemos por la incertidumbre que nos frecuentaba y por los besos saboreados con que nos protegimos de las dudas espinadas.

No lloremos por la despedida sino por habernos reencontrado. Despidámonos fuertes y enteros, regalándonos la certeza de lo vivido.

Ya habrá tiempo mañana para extrañarnos eternamente. O hasta que volvamos a encontrarnos.

Capítulo 18

ESTAR PREPARADO

Hay que saber cuando empezar.

Comenzar tempranamente a ejercitarse para aprender a decodificar los mensajes para no cometer errores, para no mal interpretar las señales, para adelantarse a las situaciones indeseadas.

Aprender a mantener las percepciones despabiladas y las emociones adormecidas. No sea cuestión de sentir.

Necesariamente deberemos adiestrar a nuestra angustia para mantenerse alejada y no instalarse en nuestro pecho e intervenir en nuestros días, salvo circunstancias de extrema necesidad.

Es altamente recomendable ejercitar la sonrisa frívola y la mirada indulgente para disimular el gesto de pena que inevitablemente surgirá como respuesta espontánea cuando comience a suceder.

Debemos practicar de forma asidua los ejercicios tendientes a evitar que las lágrimas asomen a nuestros ojos, y por sobre todo, como disimularlo si así ocurriese. La compleja ciencia de disciplinar las ganas y el deseo para que no libren batallas inútiles y sinsentido que solo agregarían dolor al dolor.

No es cuestión de estar a la defensiva, pero sí evitar que nos tome desprevenidos, con la guardia baja y la ilusión en alto. Es recomendable tener a mano la llave de los cajones donde se almacenan los momentos dolorosos y las palabras hirientes para poder guardarlos rápidos, antes que tengamos que andar juntándolos por toda nuestra alma. Del mismo modo, siempre es bueno tener a mano el estante de los recuerdos felices y los besos enamorados para hacerle frente a la tristeza de la ausencia.

Apenas nuestra percepción nos de alguna señal, hay que comenzar a entrenarse en el difícil y complicado arte de enfrentar la decepción y la desazón de la forma más sana posible, evitando que la tristeza suponga que nuestros días son su morada.

Por supuesto, no hay que adelantarse a los hechos, tampoco es cuestión de transitar la vida vestidos con la armadura de protección contra la pasión y la sorpresa. Hay que tener repletos y desbordados los rincones, las estanterías y todos los compartimientos que tengamos disponibles con la mayor cantidad de risas, estremecimientos, alegrías y petit mort (al decir de Galeano). Serán los únicos paliativos de los que dispongamos

para sobrellevar la pena.

Es recomendable no obsesionarse con la idea, para no terminar provocando justamente aquello que intentamos evitar o demorar en el tiempo. Bastará solamente con tener presente que puede suceder y estar atento a las primeras señales para comenzar a prepararnos.

Tampoco es tan sencillo reconocerlas, por eso es fundamental estar atento a esos pequeños y casi ínfimos cambios que se van mimetizando en el dejarnos llevar de la cotidianeidad, tratando de engañarnos disfrazándose de tentaciones pasajeras o transformaciones insignificantes.

Son tan astutas, que logran engañarnos dejándonos inermes ante su avance cuando ya tienen media batalla ganada. Por eso es que no podemos bajar la guardia suponiendo que a nosotros no, a nosotros no nos va a pasar.

Porque nadie esta exento, nadie está inmunizado. Tampoco es que estamos fatalmente predestinados a que nos suceda, pero casi que sí. Es como decir que todos sufrirán una pena de amor. No es cierto, es tan mentira como decir que nadie la sufrirá.

Por eso hay que saber cuando empezar.

Comenzar tempranamente a ejercitarse para aprender a decodificar los mensajes para no cometer errores, para no mal interpretar las señales, para adelantarse a las situaciones indeseadas.

Por eso, apenas la balanza nos muestre la primera señal, debemos entender que los kilos han iniciado su desembarco. Y que de nosotros depende como conviviremos con esa nueva relación en nuestras vidas.

Capítulo 19

EL FAVOR

Preciso pedirte un favor, solamente uno.

Hace tanto tiempo que espero, que ya no recuerdo si alguna vez no lo hice. Los últimos tiempos llevan ya tanto tiempo sucediendo en la frecuencia de la espera, que ya estaba perdiendo la esperanza de que pudiese ser diferente alguna vez.

Pero como todo lo que no sabemos que necesitamos y aparece para demostrarnos cuanta falta nos hacía, hoy me encuentro mirándote a los ojos mientras te pido un favor. Es un favor un poco extraño, casi casi, un pedido de ayuda, una necesidad vital. Pero antes, necesito que sepas que tenés permiso excusarte y por supuesto, en el caso que aceptaras, no estás forzado a tener éxito.

Preciso que me ayudes a eternizar en la memoria de la piel, el segundo en el que siento la certeza de ser plena, absoluta, completa.

Que me acompañes en el intento de volver a sentir la inquietud de los primeros besos que estremecen y confunden, que se roban la inocencia y el sonrojo para dejarnos a cambio la lujuria de lo anunciado.

Es casi imprescindible para mí poder confirmar que nunca habrá un príncipe azul que me rescate, sino un compañero de aventuras que me tentará a desear profunda y apasionadamente abrir la puerta de esta torre en la que me encierro.

Es importante aclarar que eres libre de interrumpirme si sentís que lo que te estoy pidiendo te excede. No quiero que mi enorme y desmedida avidez de goce espiritual y terrenal te acorrale obligándote a convertirte en lo que no querés ser.

Pero si acaso mi pedido encontrase eco en tus avideces y anhelos, te pido también que me ayudes a recuperar la risa de los sueños desvelados que me transportan al cielo de los siempre y los mañanas.

Y sin voluntad de ser intensa, también es preciso y esencial que te diga que necesito saber que no necesitarás pedirme que deje de ser quien soy, ni que precisaras ocupar mis espacios y silencios con los tuyos. Yo prometo respetar los tuyos tanto como defenderé los mios.

Me entusiasmo pensando que, si estuvieses dispuesto a acompañarme en esta aventura que te propongo, recuperaremos las alas de los mañanas luminosos que nos alejen de los ayeres desabridos para poder llenar los

suspiros de luces y estrellas.

Disculpame, pero la euforia por lo posible me hizo abalanzarme sobre las ganas aletargadas, perdiendo el control sobre mis propios límites y empujándome a pedirte más de lo que creí que iba a animarme a pedir. Porque comencé diciéndote que preciso pedirte un favor y resulta ser que parece mucho más que solamente uno.

Porque este favor se parece demasiado a los sueños. A esos sueños que se pueblan de los aromas de la piel y los colores de las emociones. Esos sueños que de tan plenos se parecen a las quimeras.

Eso sí, es fundamental, imprescindible e indispensable que antes de siquiera amagar una respuesta, primero lo pienses. Que te detengas el tiempo que sea necesario para despojarte de las ilusiones voluntaristas y los compromisos improvisados que, a fuerza de no tener sustento, pudiesen convertir la ilusión en pesadilla.

Porque con los años pude haber aprendido a vivir sin los barriletes que te llevan de paseo por las ansias y las risas, o sin las mariposas que irreverentes y despreocupadas juegan a las carreras en la panza, o sin las tardes serenas y calmas de los paseos en compañía, o sin noches abrigadas por brazos que protegen y acarician, pero no hay años suficientes para que pueda aprender a vivir sin confiar.